JUANA TABOR (1942)

HUGO WAST

(Gustavo Martínez Zuviría)

CAPÍTULO I

200 años después de Voltaire

El 30 de mayo de 1978 fray Plácido de la Virgen se acostó tan fatigado que a duras penas alcanzó a rezar las letanías con que terminaba su rosario, y se durmió profundamente.

Debió parecerle deliciosa la tabla del camastro en que se tendía vestido conforme a la regla, y blando el leño mal desbastado de su almohada.

Estaba sin embargo en la edad en que el sueño es arisco, y el insomnio un compañero habitual. Había nacido el primer día del siglo XX; tenía pues 78 años. Su jornada comenzaba antes de la medianoche; el rezo de su breviario y algunas devociones le llevaban tres horas largas; la misa, media hora; el confesionario, a veces una hora, a veces cuatro o cinco o más si venían muchos penitentes que hablaran en latín o castellano, únicos idiomas que él conocía, ya que nunca pudo ni quiso aprender el esperanto, la lengua universal desde 1960.

A media mañana recibía las visitas de los que necesitaban sus consejos o sus socorros, en seguida del almuerzo frugalísimo de los gregorianos que seguían la regla de la Trapa; después un rato de lectura espiritual —que se convertía a menudo en una breve siesta— y todas las demás distribuciones de la comunidad. Salía poco, o más bien nada, de aquel viejísimo caserón que era su convento.

Ese día tuvo que predicar un largo panegírico de San Gregorio con motivo de haberse consagrado en su iglesia seis jóvenes sacerdotes, celebrantes de primera misa.

No serían muchos en el público que llenaba las tres naves los que entendieron su sermón, porque lo dijo en latín. De haberlo dicho en castellano lo habrían entendido menos aún.

Fray Plácido de la Virgen pertenecía a una de las más ilustres congregaciones religiosas, la de los gregorianos, que iba extinguiéndose como una lámpara que quema las últimas gotas de su aceite.

Después de haber tenido centenares de casas en el mundo pobladas con millares de frailes, ya no le quedaban más que tres o cuatro conventos agonizantes.

Como una inmensa higuera mordida por los siglos, sus ramas, antes frondosísimas, habían ido secándose sin que otros retoños brotaran de la vieja raíz.

Alguien pensaba que el mundo iba entrando en la época del enfriamiento religioso que precederá al fin de los tiempos, o al segundo advenimiento de Cristo conforme a las palabras del propio Jesús: “Cuando viniere el Hijo del Hombre, ¿os parece que hallará fe sobre la tierra?” Todavía sin embargo existían vocaciones: muchedumbres de jóvenes sentían el llamado a una vida más alta, sacrificaban su juventud, abandonaban la imperfecta libertad del mundo y compraban la libertad de Cristo que consiste en someterse para siempre a la voluntad ajena. Mas era para ingresar en otras órdenes religiosas, y sólo muy de tarde en tarde la iglesia de los gregorianos celebraba una fiesta como la de ese día.

Uno tras otro, como bueyes viejos, iban cayendo sus frailes en el surco de la inconclusa tarea, con muerte plácida y edificante.

Los ángeles se apoderaban de sus almas; sus compañeros, salmodiando el oficio de difuntos, tendían el cadáver sobre la misma tabla que durante tantos años fue su lecho; conforme lo dispone su regla le clavaban el hábito al contorno del cuerpo, y sin otro aderezo lo metían en una fosa recién cavada en la jugosa tierra del camposanto, para que bajo la sombra de piadosos cipreses se disolviera aguardando la resurrección de la carne. En una esquina de aquel terreno había un lapacho, gran árbol seco desde hacía doscientos años. Los frailes no volteaban su inmenso tronco inútil porque en sus ramas estériles se posaban las palomas de su campanario, y porque afirmaba una antigua tradición que ese árbol volvería a florecer en la primavera en que moriría el último papa, es decir en la víspera misma de la segunda venida de Cristo.

Acabada la ceremonia del entierro cada fraile volvía a sus trabajos, un poco más triste y algo más solo también, porque ningún novicio reemplazaba al difunto y su celda se convertía en un refugio de musarañas y murciélagos.

¡Con qué dolor fray Plácido de la Virgen, superior del convento, presenciaba la extinción de su orden!

Diez años, veinte años más y no habría nadie en el mundo para vestir aquel blanco sayal de lino que el fundador prescribió inspirado en el que describe Daniel en sus visiones: “ceñida la cintura con una banda de oro de Uphaz”.

Por ello, si a las cansadas presentábase un joven pidiendo el hábito, su viejo corazón cantaba un Tedeum.

Después de penosas alternativas, en que más de una vez el convento de Buenos Aires hubo de cerrarse, en aquel 30 de mayo de 1978 dijeron su primera misa seis nuevos sacerdotes, y entre ellos uno famoso ya por su austeridad y su talento.

Fray Simón de Samaria tenía treinta años al orde-narse. La dura regla gregoriana no apagó su espíritu. A pesar del cerquillo con que afrentaba su arrogante cabeza, cuando subía al púlpito las gentes quedaban pasmadas y presas de contagiosa emoción.

Fray Plácido lo contemplaba con amor y temblor, y al admirarlo se llenaba de indefinible angustia: “El corazón de un hombre”, afirma el libro santo, “anuncia a veces más cosas que siete centinelas sobre una altura”.

Por ello esa tarde, después de la ceremonia de la consagración, cuando juzgó que el joven sacerdote se hallaría solo, fue a su celda, lo besó en la mejilla y le dijo:

—¡Ya tienes las manos consagradas, hijo mío! Ya eres sacerdote del Altísimo.

—Sí, para toda la eternidad —respondió el joven.

—Escúchame en el momento más solemne de tu vida, ahora que eres tanto como un rey, porque el aceite de unción es una diadema.

El joven respondió con las palabras de Samuel pues sabía cuánto agradaban al superior los textos bíblicos:

—Habla, señor, que tu siervo te escucha.

—Yo he pedido largamente al Señor que suscitara en nuestra orden un hombre capaz de darle el brillo que le falta, a fin de que a la manera de otras órdenes que estuvieron a punto de extinguirse, renaciera, se multiplicara y llenase el mundo.

Fray Simón escuchaba a su superior con los ojos fijos en las baldosas y con las manos en las mangas sueltas del hermoso hábito.

—Como hizo reflorecer Santa Teresa a las carmelitas y Ran cé a los trapenses, así anhelaba yo que alguien hiciera renacer la vocación gregoriana; pienso que Dios ha escuchado mi oración, porque cuando veo el influjo que tienen tus sermones sobre el pueblo no puedo menos de repetir el versículo del profeta con que la iglesia honra a San Juan Bautista en su vigilia: "He puesto mi palabra sobre tus labios".

—Ecce dedi verba mea in oretuo —murmuró el joven fraile, para mostrar al viejo que recordaba el pasaje, y por su médula corrió un estremecimiento de placer.

El superior le miró intensamente, como si adivinase la falla de aquella magnífica armadura, y le dijo:

—Pero..., después de cada sermón enciérrate en tu celda, humíllate, disciplínate y suplica a Dios que te envíe un ángel para que te abofetee y no te deje caer en el orgullo secreto que Él castiga con otras tentaciones, según lo manifiesta San Pablo.

—Así lo haré —respondió mansamente fray Simón.

El superior lo miró con el rabillo del ojo y prosiguió:

—¡Ay de ti si no pudieras llegar a la humildad sino a través de las caídas! Ten por seguro que el Señor permitirá las más bochornosas tentaciones para que aprendieses cuán poco valemos sin su gracia.

—Eso ya lo sé, por mi teología.

—¡Quiera Dios que no llegues a saberlo por tu experiencia!

—Perdóneme, V. R. —replicó sorprendido el joven— pero dígame con franqueza: ¿ha encontrado algo en mí que le cause inquietud?

No era día de explicarse con demasiada precisión y el viejo fraile prefirió seguir hablando en general.

—En el voto de pobreza que has hecho como gregoriano debes incluir no solamente la renuncia a toda propiedad material, sino también a toda propiedad espiritual.

—¿Las virtudes son eso que V. R. llama propiedades espirituales?¿Cómo puede renunciarse a las virtudes?

—Te diré: las virtudes producen un gusto, una delectación. La perfección está en renunciar a esos gustos espirituales que produce la virtud, porque a la corta o a la larga cautivan la voluntad y hacen creer que todo lo que contraría nuestros gustos espirituales es malo, y todo lo que los fomenta es bueno.

—Realmente —dijo fray Simón— recuerdo haber leído en algún tratado de mística que los gustos espirituales son a veces más peligrosos que los gustos corporales...

—Y yo estoy seguro —agregó fray Plácido— de haber leído en las explicaciones de Santa Catalina de Génova que a los gustos espirituales hay que huirles más que al diablo, porque enlazan al hombre. De ellos nace el amor propio espiritual con apariencia de bien, infi-nitamente más peligroso que el carnal, por ser la raíz de todos los males que puedan afligirnos en este mundo y en el otro. La rebelión de Lucifer y de sus ángeles no tuvo otra causa que el amor propio espiritual.

—Terrible cosa debe de ser ese amor, pero ¡cuán difícil no confundirlo con el celo por la gloria de Dios!

—Yo te enseñaré el secreto para descubrirlo infaliblemente.

—¿Cuál es?

—La obediencia; todo lo que hagas en virtud de la santa obediencia a tu regla o a las órdenes de tus superiores, es bueno. Todo lo que hagas contrariándola, así sea el sufrir martirio, es malo.

—Yo soy un hombre de deseos —dijo con melancolía el joven recordando las palabras del arcángel en la profecía de Daniel— y muchas veces yo mismo ignoro qué viento me arre bata.

Fray Plácido meneó la cabeza como diciendo: "¡Vaya si sabré yo lo que te pasa, hijo mío!"

Le palmeó cariñosamente el hombro y le repitió las palabras de Kempis:

—"No es santo todo lo alto, ni todo deseo puro. A veces nos mueve pasión y pensamos que es celo"... ¿Debo seguir hablándote, hijo mío?

—¡Hábleme, padre mío! —exclamó fray Simón con cierta inquietud, porque sentía que los ojos del viejo escudriñaban hasta el fondo de su alma.

El viejo prosiguió así:

—La piedra de toque de la virtud de un sacerdote es su absoluta adhesión al papa. Esa voluntad; mejor diré, ese sentimiento —porque el joven levita debe transformar en carne de su carne, en una especie de instinto, lo que al principio de su carrera pudo no ser más que una fría voluntad— esa adhesión a Roma es lo que lo hace un miembro vivo del cuerpo místico de Cristo.

—¿Cómo ha de ser y qué límites ha de tener esa adhesión?

—Debe ser ilimitada —contestó con presteza el viejo— desinteresada y silenciosa mientras no llegue el caso de pregonarla, porque entonces debe pregonarse aun a costa del martirio. Pero no sólo debe orientar tu acción exterior, sino también atar tus pensamientos...

—Mucho es eso —observó melancólicamente el joven.

Y el viejo prosiguió:

—Y todo lo que te aleje de ese sentimiento tenlo por una tentación diabólica.

—¿Todo? ¿Aunque sea una virtud?

—Todo, aunque te parezca una virtud, aunque sea la cosa más sublime de la tierra, aunque sea la promesa de una tiara, aunque sea la seguridad de una cruz.

—¿Y si se apareciese Cristo y me dijera: "Aléjate de Roma y sígueme"?

Fray Plácido reflexionó apenas un segundo y respondió sin titubear:

—Eso está predicho en el Evangelio, y será la señal de que el mundo va llegando a su fin. Tres evangelistas, Mateo, Marcos y Lucas, lo dicen con idénticas palabras "Vendrán muchos en mi nombre; si alguno os dijera: 'El Cristo está aquí; el Cristo está allá', no le creáis, porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas..." Y como ésta ha de ser la suprema tentación de los elegidos, Jesucristo, al ponernos en guardia, añade una advertencia: "Mirad que os lo he dicho de antemano..."

Después de un rato de silencio embarazoso el viejo reanudó su plática.

—La virtud primordial de un religioso —prosiguió fray Plácido— es la obediencia, porque, siendo hecha de humildad, encierra todas las otras. Obediencia no sólo exterior, que es aparente, sino interior, que significa la renuncia a la propia voluntad.

¿Y también a la propia opinión?

—Sí, también. Un religioso no realiza su fin sino cuando aniquila su personalidad y viene a ser como una gota de agua en el mar; sin dimensiones, ni límites, ni elementos exclusivos. Ella está en el mar y el mar está en ella.

—Así lo haré —respondió fray Simón blandamente.

—Escucha ahora una advertencia que no debes olvidar: sobre dos pilares se asienta la vocación del sacerdote; mientras ellos resisten el edificio se mantiene. Cuando uno de ellos afloja, el otro no tarda en ceder y todo se derrumba.

—¿Cuáles son esos pilares?

—Tú pensarás en otras cosas más grandes y en apariencia más sublimes. Para mí esos dos pilares son el rezo litúrgico y la devoción al papa, o con otras palabras, la oración disciplinada y la infalible humildad.

Fray Simón se estremeció, como aquel a quien de improviso le tocan una herida oculta. Luego se arrodilló y besó los pies del viejo, calzados de sandalias.

El superior se fue y él quedó solo en su celda, cuyas enjalbegadas paredes parecían teñidas de púrpura, pues por sus cristales, que daban al huerto, penetraban los rojos fulgores de un maravilloso crepúsculo.

Abrió la ventana y respiró a pleno pulmón el oreado viento de la tarde.

—Señor, Señor —exclamó, golpeándose el pecho a la manera del publicano—, me siento como Daniel, hombre de deseos: ¡vir desideriorum es tu!Tengo la conciencia de que llevo conmigo todas las energías de una nueva creencia. Mi misión es reconciliar al siglo con la religión en el terreno dogmático, político y social. Me siento sacerdote hasta la médula de los huesos; pero he recibido del Señor un secreto divino: la Iglesia de hoy no es sino el germen de la Iglesia del porvenir, que tendrá tres círculos: en el primero cabrán católicos y protestantes; en el segundo, judíos y musulmanes; en el tercero, idólatras, paganos y aun ateos... Comenzaré yo solo, en mí mismo, el perfecto Reino de Dios... Soy el primogénito de una nueva alianza.

La celda se llenó de azulada sombra. La campana, llamando al coro, lo sacó de su arrobamiento.

En el coro había seis frailes. Más tarde, en el refectorio, reuniéronse hasta doce entre profesos y coristas, y como fuese un día de gran fiesta, el cocinero añadió a las coles hervidas y a las lechugas con aceite, que formaban su ordinario sustento, un trozo de anchoa asada y un jarro de cerveza. Fray Plácido exultaba viendo aquel tímido reflorecimiento de su congregación. ¡Pluguiera a Dios que el arroyito que brotaba en el santuario se transformase en río caudaloso como el de la visión de Ezequiel!

Para descansar el cerebro fatigado, esa noche en la celda se puso a leer un libro en que se contaba minuciosamente la muerte de Voltaire, necio y desventurado personaje que en el espantoso trance interesábase más por el destino de su vieja osamenta, semiputrefacta ya, que por el de su alma inmortal. Leyó las artimañas de que se valió para que no se negara a su cuerpo la sepultura eclesiástica, que ansiaba sólo por la más inexplicable y contradictoria vanidad. Para lograr ese propósito llamó al confesor y consintió en firmar un documento retractándose de sus doctrinas.

Pero, como mejorase de esa enfermedad y recobrara la salud, se arrepintió de su retractación, y temiendo recaer en ella si volvía a enfermarse, levantó en presencia de un notario una protesta contra una manifestación análoga que in artículo mortis pudiera arrancarle otro confesor.

Pasaron nada menos que treinta y cinco años; Dios lo esperaba con infinita paciencia. Se halló de nuevo en trance de muerte, y preocupado siempre por el destino de su cadáver, aceptó los auxilios de M. de Tersac —cura de San Sulpicio, su parroquia— y extendió la retractación de ritual, sin la que ningún sacerdote tenía facultad para absolverlo. Pero el cura sometió el caso al arzobispo, que no aceptó aquel documento redactado con demasiada astucia, y exigió algo más categórico. Voltaire, aprovechando una fugaz mejoría, empezó a chicanear. De pronto llegó de veras la muerte, y el filósofo expiró, no rodeado de flores y amigos y dialogando y sonriendo filosóficamente, según lo imaginaban sus admiradores, sino blasfemando; desnudo, porque su vientre inflamado no soportaba ni una hebra de hilo, y gritando que le dieran un estanque de hielo para aplacar la sed.

Tales llegaron a ser su tortura y su desesperación, que hundió las manos en el pus de su vejiga y se llenó la boca, mientras los circunstantes, su sobrina la Denis, su sobrino Villette, su criado Wagniéres, sus médicos Tronchin y Lorry, transidos de horror, contemplaban la escena.

—Talis vita, finis ita —dijo el fraile yendo a cerrar el libro.

Se contuvo al ver una fecha: Voltaire había muerto el 30 de mayo de 1778, y esa noche se cumplía el segundo centenario

—¡Doscientos años! —exclamó el superior—. Sucesión inacabable de sufrimientos. Y sin embargo todavía su eternidad ni siquiera ha comenzado. ¿Qué misterios, Señor, los de estas almas a las que disteis más luz que a las otras y que os han blasfemado más? ¿Qué escondido deleite hay en el orgullo, que embriagó y perdió a la tercera parte de los ángeles?

Con estos pensamientos se puso a rezar, hasta que lo venció el sueño y se durmió.

Debió dormir apenas dos horas; un fuerte ruido le hizo abrir los ojos y vio por la ventana que aún no había salido la luna. Plena oscuridad en la huerta, y en su celda un resplandor extraño y un insufrible hedor.

Se incorporó en el camastro y estiró la mano hacia su pila de agua bendita. Lo paralizó una voz infinitamente dolorosa, que venía del rincón más alejado.

—Guárdate de tocar esa agua, porque me harías huir. Guárdate de pronunciar exorcismos, si quieres que te comunique los secretos del porvenir. Yo soy el desventurado filósofo cuya muerte viste escrita; un sabio a los ojos de los necios, y hoy un necio eterno a mis propios ojos... ¿Quieres oírme?

Fray Plácido alcanzó a ver la figura de un hombre desnudo, con las carnes calcinadas y consumidas; evidentemente, la figura de Voltaire.

—¡Habla en nombre de Cristo!

No bien pronunció esta palabra, oyó el crujir de aquellos huesos, los vio doblarse hasta arrodillarse sobre las baldosas y escuchó un lamento:

—¿Por qué lo llamaste? ¿No sabes que cuando suena ese nombre todos los habitantes del cielo y del infierno se arrodillan? Tú no puedes ni siquiera imaginarte el suplicio que es para mí, que solamente lo llamo "el Infame", adorarlo cada vez que otros lo nombran con su verdadero nombre.

—¡Habla; no lo nombraré más! —dijo el fraile, temeroso de espantar aquella sombra a la que deseaba arrancar sus secretos.

Y al advertir el rictus de la desdentada calavera, le preguntó, perplejo:

—¿Te ríes, Voltaire?

—Esta risa es mi condenación. Yo he hecho reír a los hombres para que no creyeran en la divinidad del Infame. ¡Y yo creía! Creía y temblaba, sabiendo que un día nos encontraríamos frente a frente. Me sentía dotado de una inteligencia portentosa, mayor que la de todos los hombres después de Salomón, y pude elegir entre servir a Dios o alzarme con ella contra Él y ser su enemigo eternamente.

—Y dijiste, como Luzbel: ¡Non serviam!

—¡Sí! Y Él me dio, en cambio, larguísima vida, para que tuviese tiempo de arrepentirme.

—¿Y ahora te arrepientes de no haberla aprovechado?

—¡No! Arrepentirse es humillarse, cosa imposible en la miserable condición de mi alma. Si yo volviera a vivir, volvería a condenarme...

—¡Explícame ese horrible misterio!

—Durante sesenta años fui festejado y aplaudido como un rey. Poetas, filósofos, príncipes, mujeres, se pasmaban de admiración ante la más trivial de mis burlas.

—¿Y tú, te admirabas también a ti mismo?

—Yo, a medida que avanzaba la vejez, tenía mayor asco del objeto de aquella admiración de hombres y mujeres, pues cada vez que abría mi boca, antes que ellos sintieran el rumor de mis palabras, yo olía el hedor de mi aliento. Pero si era nauseabunda la fetidez de mi boca, era incomparablemente peor la hediondez de mis pensamientos.

—¡Infeliz!

—Ellos me consideraban un semidiós y yo los despreciaba, sintiendo pudrirse mi carne, envoltura del alma inmortal. ¡Ay de mí! Durante 84 años esa carne, que iba disolviéndose, fue mi única defensa contra el Infame. Mientras yo, es decir, mi voluntad, subsistiera atrincherada en esa carne, podría seguir lanzando mi grito de guerra: ¡Aplastad al Infame!

—¡Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera! —exclamó, horrorizado, el viejo, sin pensar en las consecuencias de esa triple alabanza.

—¡Ay! —dijo Voltaire con indescriptible lamento; y otra vez se oyó el siniestro crujir de sus rodillas quemadas que se doblaron hasta el suelo; y se vio a la macabra figura postrarse de hinojos—. Éste es mi tormento mayor: ¡confesar su divinidad!

—In nomine Jesu —murmuró el fraile para sí mismo—, omne genu flectatur cœlestium, terrestrium et infernorum.

Y añadió en voz alta:

—¿Acaso no temías a Dios?

—¡Oh, sí, lo temía! ¡Oh, miseria y contradicción de mi soberbia! Cuando pensaba en la muerte me aterraba, y hubiera dado mi fortuna, mi fama y mis libros por un solo grano de humildad, la semilla del arrepentimiento. Pero la humildad no es natural; es sobrenatural. Un hombre sin ojos podría ver más fácilmente que un hombre soberbio decir: "Pequé, Señor; perdón. " Ver sin ojos es contranatural; una fuerza natural puede modificarse por otra fuerza natural. Pero arrepentirse sin humildad es contra lo sobrenatural, infinitamente más allá de las fuerzas del hombre. Se necesita la gracia divina.

—¿Y, por ventura, Dios no te la dio?

—¡Sí, a torrentes! Pluguiera el cielo que no se me hubieran dado tantas gracias. Pues, al juzgarnos en esta sombría región, se tienen más en cuenta las gracias rechazadas que los pecados cometidos.

—¡Sigue, Voltaire! Te escucho con ansiedad.

El patriarca de Ferney prosiguió así, entre secos y horripilantes sollozos:

—Cuando uno ha rechazado obstinadamente durante veinte años, treinta años, medio siglo, los auxilios sobrenaturales de la gracia, Dios lo abandona a sus simples fuerzas naturales, la inteligencia y la voluntad. Yo veía mi destino si no me humillaba; pero humillarme habría sido un milagro. Y mi orgullo me embriagaba diciéndome que yo, hediondo y agusanado, podía por mi libre albedrío resistir a la gracia, complacerme en mi fuerza y luchar contra Dios. ¡Qué delirio, hacer lo imposible aun para las estrellas de los cielos y los mismos arcángeles: resistir a Dios! Tenía el frenesí de la blasfemia y del sacrilegio. Por burlarme del Infame comulgué muchas veces sacrílegamente delante de mis criados; y mis amigos me aplaudían y me imitaban. Y así llegué al día del espanto.

—La hora de la venganza —dijo el fraile, horrorizado—. Effunde frameam. Desenvaina tu espada, Señor.

—Así fue; llegó el turno de Dios, y desenvainó la espada sobre mí.

—Cuéntame tus últimos momentos.

—Los hombres no sospechan los misterios de esa hora, especialmente del postrer momento en que las potencias del alma, la memoria, el entendimiento, la voluntad, adquieren una agudeza inconmensurable.

—¿Cuánto dura eso?

—Supón que sólo sea un segundo; pero en ese segundo cabe mucho más que toda tu vida, por larga que fuera; allí cabe tu eternidad. En ese instante puede tu voluntad fijarle el rumbo. ¡Desventurado de mí! La obstinación de ochenta años, transformada en impenitencia final, es como un muro de bronce incandescente que rodea el alma y aguanta el último asalto de la misericordia, temblando, ¡oh, contradicción!, de ser derrotada, y espantándose de antemano de lo que será su propio triunfo. ¡Ay de mí! Yo triunfaba. Los rayos de la gracia se rompían sobre mi corazón como flechas de marfil contra una roca.

—¿Triunfa la gracia alguna vez?

—Millares de veces, porque es la virtud de la Sangre. ¡Cuántas retractaciones inesperadas, que quedan en el secreto del más allá! Pero si vieras la dureza de los que pecaron contra el Espíritu... de los desesperados, de los irónicos que por lograr un chiste arrojaron una blasfemia, de los que vendieron al orgullo su última hora, de los

apóstatas. Para asistir y vigilar la impenitencia final de ésos, el diablo abandona toda otra ocupación. Y se mete en sus venas y hay como una transfusión del orgullo diabólico en el alma del renegado.

—Los hombres no conocen las profundidades de Satanás —murmuró fray Plácido.

—Si el diablo pudiera arrepentirse, ése sería el momento de su conversión, cuando por fortalecer la soberbia de un alma se ha empobrecido de la suya transfundiéndosela. ¡Ay!, cuando se llega a esas profundidades, el alma se hunde voluntariamente en su destino.

—¿Voluntariamente? —interrogó el fraile.

—¿Te sorprende? Escucha: yo he firmado con mi propia mano mi eterna condenación. Y la volvería a firmar cien veces, con pleno discernimiento, antes de humillarme y decir ¡Pequé, Señor; perdóname!

—No cabe en mi mente —replicó fray Plácido aterrado— que sea verdad el que si volvieras a vivir volverías a merecer tu condenación.

—¡Sí, cien y mil veces! En el último instante de mi vida, cuando por aliviar mi sed me llené la boca de inmunda materia y arrojé aquel espantoso alarido que ha quedado en mi historia; cuando mis ojos se cuajaron, todos me creyeron muerto. Pero yo estaba vivo, arañando el barro podrido de mi carne que todavía, por unos segundos, me libraba de caer en manos de Dios.

—¿Todavía podías arrepentirte?

—Sí, Y se me apareció el Infame con su corona de espinas y las llagas abiertas en manos y pies; el pecho ensangrentado y un papel sin firma, que era mi sentencia. "Yo, que te redimí con mi sangre", me dijo, "no la firmaré; pero te la entrego a ti para que tu libertad disponga." Durante un segundo, en que vi mi pasado y mi porvenir, sopesé las consecuencias. Ya ni siquiera tenía que pedir perdón. El Infame se adelantaba a ofrecérmelo; bastábame aceptarlo confesando que pequé. El mundo ignoraría hasta el día del juicio mi retractación, y yo me salvaría. ¡Imposible! Durante sesenta años había combatido contra el Infame. Si ahora aceptaba su perdón, la victoria sería suya. Si lo rechazaba, yo, gusano de la tierra que no tenía más que medio minuto de vida, me levantaría hasta Él y haría temblar los cielos con mis eternas blasfemias. Pero era tal el horror de mi destino que vacilé. ¡Quién me hubiera dado un grano de humildad en ese instante!

—¿No lo habrías rechazado, acaso?

Voltaire guardó silencio y luego respondió, con voz cavernosa.

—¡Sí, lo habría rechazado! Entonces cogí la sentencia que Él no quería firmar, y yo fui mi propio juez y la firmé con esta mano que escribió La Pucelle y que ahora derrite el bronce... ¡Mira!

Voltaire alargó aquella mano que tantas blasfemias inmundas había escrito con extrema agudeza y rozó un candelero de bronce, en una alacena de la pared.

El duro utensilio se derritió como se habría derretido una vela puesta en la boca de un horno. Las gotas del metal cayeron sobre las baldosas y allí se aplastaron.

—Sabe, pues —prosiguió Voltaire— que ninguna condenación lleva la firma del Cordero. ¡Todas llevan la nuestra!

Sonó una campana. Voltaire se estremeció.

—Las campanas meaterran. Todo lo que mide el tiempo me aterra. Un año. Diez años. Doscientos años. ¿Cuándo se acabará el tiempo y empezará la eternidad desnuda?

—¿Cuándo? —interrogó el superior— ¿Acaso no se divisan ya las últimas etapas del Apocalipsis?¿No ha saltado ya el sexto sello del libro de los siete sellos?

La luna brillaba entre los cipreses de la huerta. Voltaire miró hacia las cruces plantadas en la tierra a la cabecera de los muertos en el Señor, y volvió los ojos con angustia.

—Un día no lejano florecerá el lapacho en el fondo de la huerta; y se levantarán los muertos a recibir a su Señor; tú, que no morirás hasta su venida, subirás con ellos los resucitados en los aires, para acompañar al que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Pero antes... —se detuvo.

El fraile temió que se callara en el momento de la revelación, y lo instó con estas palabras:

—Antes habrá venido el Anticristo...

—Sí —exclamó Voltaire con diabólico entusiasmo—. Ésa será la época en que el Infame será vencido en el catolicismo y en sus santos... Vosotros los frailes creéis invencible al catolicismo. ¡No! ¡Sabe que será vencido!

—Ya lo sé —respondió fray Plácido— es de fe que será vencido, mas sólo por un tiempo. El Apocalipsis anuncia que la Bestia del Mar, o sea el Anticristo, dominará todos los pueblos, lenguas y naciones, y hará guerra a los santos y los vencerá, lo cual le será permitido durante cuarenta y dos meses. Pero, ¿eso tardará mucho todavía? ¿Quiénes se equivocan: los que creen que faltan miles y miles de años para la venida del Anticristo, o los que creen que estamos ya tocando su reino?

—¿Tú qué crees?

—Yo creo —respondió fray Plácido— que el Anticristo vendrá pronto, y que esa venida ocurrirá antes del período de paz religiosa durante la cual el diablo estará preso y atado con una gran cadena y encerrado en el abismo.

—¿No sabes que esa no es la opinión de la mayoría de vuestros intérpretes?

—Sí, lo sé —dijo el fraile—. La mayoría de los intérpretes modernos sostienen que el fin del mundo aún dista millares de siglos, y que el Anticristo vendrá en las vísperas del día grande y horrible del Señor, cuando Satanás salga de su prisión y sea desatado por un poco de tiempo. Pero yo pienso lo contrario: que aunque el mundo pueda físicamente durar millones de años, la humanidad está ya próxima a conocer al más grande enemigo de...

—¡No lo nombres! Ya te comprendo.

—Y que ese enemigo, que llamamos el Anticristo, será una persona; un hombre de perdición, como dice San Pablo, y no una sociedad ni una secta, como sostienen algunos.

—Piensas con verdad: será un hombre,pero no estará solo; se encarnará en una orden religiosa cuyo superior será su falso profeta.

—¿Qué orden?

—Dentro de diez años lo adivinarás sin que yo te lo diga.

—Y creo —prosiguió el fraile— que los judíos lo recibirán como al Mesías, y por lo tanto que su venida será antes de la conversión de los judíos, en medio de una gran persecución de todas las naciones contra el pueblo de

Israel. De modo que la verdadera señal de la aproximación del Anticristo no será la persecución universal de los cristianos, sino la persecución de los judíos.

—¡Esa es la verdad! —dijo Voltaire.

—Y pienso también que esto ocurrirá pronto, y que sólo después de la muerte del Anticristo se convertirán los judíos y Jerusalén será restaurada, con un rey de la estirpe de David.

—¡Así será! —confirmó Voltaire

—¿Está pues próximo a nacer el Anticristo?

—Ha nacido ya.

—¿Dónde? ¿De qué raza? —interrogó ansiosamente fray Plácido; pero la desconfianza lo turbó—. ¿Cómo voy a creerte, si eres hijo de la mentira?

—El Señor me manda decir verdad: el Anticristo, que nació en 1966, es de la tribu de Dan; y lo proclamarán su rey no solamente los judíos, sino también los musulmanes.

—¿Será grande su imperio?

—Sí: el número de sus jinetes será de doscientos millones, según el cómputo del Apocalipsis.

—¿Y su capital cuál será?

—La ciudad de su nacimiento, la mayor y más gloriosa y más santa ciudad del mundo.

—¿Jerusalén, entonces?

—No: Roma.

—¿Roma, cuna y capital del Anticristo? —exclamó estupefacto el fraile—. ¿Por qué, pues, los intérpretes dicen que nacerá en Babilonia?

—Roma es Babilonia. Vuelve a leer el final de la primera epístola de Pedro Apóstol y hallarás la explicación. Todo está en las Escrituras. Todo está profetizado.

—Sí —dijo el fraile—. El profeta Amós ha dicho: "El Señor no hará nada que no haya revelado a sus siervos los profetas." Pero los intérpretes disputan sobre el sentido de las profecías. Centenares de años han pasado discutiendo lo que simbolizan las siete cabezas de la Bestia del Mar, que tienen diadema... ¡Explícame eso!

—Está en el Apocalipsis,y tú lo sabes. Son siete reyes, que lo han sido, materialmente o moralmente, por la influencia que ejercieron entre los hombres. Cinco de ellos pasaron ya: Nerón, Mahoma, Lutero; el cuarto fui yo, y el quinto Lenín.

—¿Y los que no han pasado todavía?

—El sexto ya es: el emperador del Santo Imperio Romano Germánico...

—Pero ni ese imperio ni ese emperador existen. Hay un Imperio Romano sobre el cual manda Carlos Alberto, y hay un Imperio Germánico que tiene por soberano a Adolfo Enrique.

—Antes de diez años no formarán más que uno —respondió Voltaire—. Berlín y Roma serán ciudades de un solo imperio, bajo el cetro del sucesor de Adolfo Enrique, quien preparará el advenimiento del séptimo rey, que será rey de Roma, el undécimo cuerno del Dragón...

—¡El Anticristo!

—Yo volveré a visitarte dentro de diez años y dentro de veinte.

—¿Y yo estaré vivo aún? Piensa que he nacido el primer día de este siglo.

—Tú, que vives ahora bajo el Pastor Angélico, verás pasar como ondas de un río a los últimos papas, a Gregorio XVII, a Paulo VI, a Clemente XV. Tú concurrirás al cónclave que elegirá a León XIV, judío, hijo de Jerusalén, convertido al Infame y bajo cuyo reinado se convertirán los judíos, y tú verás florecer el lapacho y al último Papa, Petrus Romanus.

Fray Plácido escuchaba y temblaba.

—¿Seré cardenal, por ventura?

—No necesitarás serlo. Reinará en Roma la sexta cabeza, que hará morir a un papa; y tú habrás conocido a la Bestia de la Tierra, el falso profeta del Anticristo, y vendrá la hora de la séptima cabeza, que será una mujer, y del undécimo cuerno, el rey de los romanos, el propio Anticristo.

—¿Y la orden gregoriana existirá entonces?

—Dentro de diez años te contestaré. Te baste saber que de la orden saldrá un astro resplandeciente, cuyo nombre está en el Apocalipsis. ¿Podrías descubrirlo?

—¡Ajenjo! —murmuró fray Plácido con un hálito de voz.

—¡Creí que no fueses capaz de nombrarlo!

¿Por qué el superior de los gregorianos dijo aquel nombre, que significa en el Apocalipsis una estrella caída?

¿En quién pensó? ¡En nadie! ¡Dios era testigo de que en nadie pensó!

Para aturdir su inquietud se puso a repetir el texto del Apocalipsis. "Y el tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella ardiendo como un hacha; y cayó en la tercera parte de los ríos y en la fuente de las aguas. Y el nombre de la estrella es Ajenjo, y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo y murieron muchos hombres que las bebieron, porque se tornaron amargas."

Aquel símbolo había sido interpretado como alusión al fraile apóstata Lutero, cuyas doctrinas envenenaron a tantos millones de hombres.

¿Podría aplicarse 500 años después a otro personaje? Quiso pedir aclaración pero Voltaire había desaparecido. La puerta de la celda estaba cerrada. Por los vidrios de las entornadas ventanas llegaban torrentes de luna.

Fray Plácido abrió de par en par la puerta y la ventana, porque el hedor de la habitación era insufrible.

—¡Qué extraño sueño! —se dijo cogiendo un hisopo y rociando con agua bendita el suelo y las paredes.

Era noche de plenilunio. Todo aparecía envuelto en un cendal de plata. No había para qué encender la luz.

Se acodó sobre el alféizar y respiró a pleno pulmón el aire sutil y purísimo. Contó dos, tres, cinco cruces entre los matorrales; vio las ramas yertas del lapacho, sintió sueño y se recogió. Pero al encaminarse a la tarima su pie tropezó con un obstáculo Se agachó; era una plasta de bronce fundido.

—¡El candelero! —exclamó con espanto.

Se santiguó, se acostó de nuevo y se durmió en el acto.

Ya en las campiñas lejanas cantaban los gallos presintiendo el alba.

CAPÍTULO II

El Satanismo

Pasaron efectivamente diez años. Fray Plácido de la Virgen cumplió los 88 en pleno vigor mental y físico, Tal vez los que le veían de tarde en tarde notaban que se iba encorvando y que se dormía más a menudo en la lectura o en el coro.

Las vocaciones gregorianas no aumentaban; la orden parecía condenada fatalmente a la extinción. Sin embargo, la fama de fray Simón de Samaria crecía como las olas en la pleamar. Llamábanlo a predicar de los puntos más remotos de la tierra. En todas partes del mundo se le escuchaba por radio y se le veía por televisión; pero a las gentes no les bastaba televerlo o teleoírlo, y querían sentirlo cerca y departir con él.

Sus sermones se entendían por igual en Buenos Aires que en Moscú, Nueva York o Pekín, pues predicaba en esperanto, el idioma universal inventado por el lingüista judío Zamenhof y adoptado por todas las naciones, que abolieron bajo severas penas los demás idiomas, contrarios al espíritu de unión que pregonaba la humanidad.

El inglés, el castellano, el ruso, el árabe, el griego, el japonés, el chino, eran ya lenguas muertas.

Apenas las hablaban algunos viejos incapaces de aprender el esperanto, y algunos eruditos autorizados por los gobiernos para estudios literarios. Solamente la Iglesia Católica se negó a acatar la innovación, y mantuvo el latín como su lengua oficial; esto dio al idioma de Horacio una difusión enorme, ya que muchísimos católicos lo aprendieron por no usar el esperanto, la lengua que hablaría el Anticristo.

Ocurrió, pues, que para llegar al corazón del pueblo fue indispensable que los predicadores aprendiesen el esperanto, y fray Simón de Samaria llegó a hablarlo con tal fluidez y elegancia que se le consideró un clásico en ese idioma.

En cambio fray Plácido de la Virgen no lo habló nunca, excusándose con su avanzada edad, y fue aislándose de la gente tanto, que en los últimos años no pudo alternar sino con los que sabían latín y con tres o cuatro viejos amigos seglares que no abandonaron su castellano. Los demás no le entendían.

Muchas otras novedades advertíanse en las vísperas del año 2000. La higiene y la ciencia de curar las enfermedades habían progresado de tal modo que se logró duplicar el promedio de la vida humana, y con frecuencia se hallaban viejos de edad asombrosa en buena salud.

Se había descubierto la manera de rebajar el tono nervioso del organismo y hacer que el reposo del cerebro y del corazón fuera absoluto durante el sueño, como lo hacen los faquires. De este modo la tercera parte de la vida, que se pasa durmiendo, transcurría sin desgaste orgánico, con lo cual se prolongaba la existencia. Esto contuvo por algún tiempo la despoblación gradual del mundo, aunque no lo rejuveneció, porque el decrecimiento de la natalidad alcanzó cifras pavorosas.

A principios del siglo XX nacían en Europa 38 niños por cada 1.000 habitantes y morían 28 personas: el saldo era de diez por mil en favor del crecimiento de la población.

Ciento treinta años después, en 1930, nacían 19 y morían 14. El aumento se redujo a la mitad.

Medio siglo después, en 1980 —a poco de la aparición de Voltaire, que pasó por haber sido una pesadilla de fray Plácido— el promedio de nacimientos en todo el mundo no excedía de 3 por cada 1.000 habitantes, y las muertes eran 7. Es decir, la humanidad perdía cada año 4 habitantes por cada 1.000.

El globo, que durante sesenta siglos, desde los tiempos de la primera pareja humana, había visto siempre crecer su capital de sangre de carne y de cerebro, comenzó a perder cada año unos diez millones de habitantes. Este era el resultado de una tenaz y escandalosa propaganda malthusiana que se efectuaba so color de ciencia, explotando el miedo al hijo, que complica la vida y absorbe los recursos que sus padres hubieran podido destinar a sus placeres.

Desacreditáronse como anacrónicos los hogares donde nacía más de un niño. Se ridiculizaba a los padres de dos o tres criaturas. Un hijo era motivo de lástima; dos, causa de desprecio; tres..., más valía atarse al cuello una piedra de molino y arrojarse al mar.

En las naciones de antigua cultura y de viejos vicios se puso de moda la esterilización por mutuo consentimiento de los recién casados, amén de la esterilización obligatoria al menor indicio de enfermedad orgánica.

Alemania, que en 1940 llegó a 85 millones de habitantes, medio siglo después no contaba más que con 60 millones, entre los que predominaban los individuos de 50 a 150 años y escaseaban los niños. El poderoso imperio germánico empezaba a secarse como la vid mordida por la filoxera. ¡Eugenesia! Idéntico fenómeno advirtióse en otras naciones de mucha instrucción y poca religión.

Francia, en la que se había restaurado el trono de San Luis, empezaba a rehacer su población de 20 millones de habitantes, en su mitad viejos. Inglaterra a duras penas se mantenía en los 30. Estados Unidos había caído por abajo de los 80. ¡Malthus!

Sólo Italia, que conservaba la fecundidad —esa única bendición de que la sociedad humana no fue despojada ni por el pecado original, ni por el diluvio—, alcanzó a contar doscientos millones de habitantes en todo el imperio, que tenía provincias en Europa, África, Asia y Oceanía.

El Japón también era fecundo; aspiraba a reconstruir el imperio mongólico de Gengis-Khan, y dominaba ya la mitad del Asia.

El imperio del Brasil se extendía desde las bocas del Orinoco, límite de la Gran Colombia, hasta el Río de la Plata, y se había apoderado de la Banda Oriental y el Paraguay, con lo que redondeó una población de 150 millones de habitantes, dueños de las más fértiles y variadas comarcas del globo.

En el norte de América del Sur existía la Gran Colombia, formada por Panamá, Colombia, Venezuela y Ecuador; y en el Pacifico, el imperio de los Incas, constituido por Perú y Bolivia.

Alsur de América estaba el pequeño reino de Chile, regido por la dura mano de un rey aliado del Brasil que aspiraba a ensanchar sus dominios, y la República Argentina.

El mapa argentino había sufrido graves modificaciones a raíz de una de las grandes guerras europeas.

Chile obtuvo la soñada salida al Atlántico, toda la Tierra del Fuego, la gobernación de Santa Cruz y las islas Malvinas que las naciones europeas no pudieron conservar.

La Argentina no estaba en condiciones ni de fruncir el ceño, y se resignó. Y según decían los estadistas, podía considerarse satisfecha de que no le hubieran quitado más tierras al sur y de conservar al norte dos provincias que podían haberle disputado los vecinos.

Finalizaba el mes de mayo de 1988...

Pero ya ni en Buenos Aires ni en ninguna parte del mundo se decía mayo. Entre tantas cosas reformadas, estaba el calendario.

El año tenía ahora trece meses de 28 días.

La reforma fue resuelta en 1955, quince años después que la Sociedad de las Naciones de Ginebra se disolvió a orillas del lago de su propio nombre, cuando comenzó la guerra entre las naciones que se llamaban a sí mismas del Nuevo Orden y las que se decían de la Democracia. Terminada esta guerra hubo tres lustros de paz. Los diplomáticos se aburrían en el ocio y las señoras de los príncipes también. Un día de aburrimiento, las cuarenta esposas de los cuarenta primeros ministros de las naciones más adelantadas tomaron sus aviones, que marchaban a la velocidad de 1.200 kilómetros por hora, y se apearon en una isla del archipiélago de las Carolinas, la isla de los Ladrones, en el Pacifico, donde se habían reunido los financieros para crear una moneda internacional en reemplazo del oro.

Mientras ellos hacían esto, ellas abolieron el calendario gregoriano, que fastidiaba a los negociantes con sus meses irregulares; uno de 28, otros de 30 y otros de 31 días.

La verdad es que desde tiempo atrás algunas grandes empresas en los Estados Unidos se regían privadamente por un calendario de 13 meses, cada uno de cuatro semanas, con un día blanco al final del año, que eran dos en los años bisiestos.

Algo parecido al calendario inventado por el filósofo positivista Augusto Comte, que llamó a los trece meses con el nombre de sabios y héroes civiles.

En este punto el congreso de las cuarenta esposas anduvo dividido, pues cuando se trató del mes de junio —al cual Comte llamó San Pablo— se originó enconada disputa. Todas estaban conformes en llamar al segundo mes Homero y Bichat al decimotercero, aunque ignoraban quién fuese el uno y el otro. Pero San Pablo no les sonaba bien para tan alto honor.

Con el fin de evitar la discordia, las cuarenta esposas resolvieron prescindir de los personajes históricos, y denominaron a los meses con los nombres que les dieron los Caballeros Templarios en la Edad Media: nisan, tab, sivan, tammuz, aab elul, tischri, marshevan, cislev, tabeth, sehabet, adar, veadar; denominaciones usadas por los judíos desde hacía miles de años. Se prescindió de bautizar los días de la semana, y se les llamó por su número de orden: el primero, el segundo, etcétera, con excepción del sábado, que conservó su nombre.

El año se iniciaba con el primer día de la primera semana del mes de nisan, y para comenzar los cómputos de la nueva época, se eligió el 29 de marzo de 1955, dos semanas antes de la Pascua.

Desde ese día empezaron a contarse los años por el nuevo sistema, y terminaban el sábado de la cuarta semana del mes de veadar, o sea el día 364 del año. El 365 era un día blanco, que no pertenecía a ninguna semana ni mes, y fue fiesta universal como la antigua Navidad del Señor.

Diez años después, en 1965, una revolución sindiosista estallo en Rusia, que había vuelto al régimen capitalista, y barrió las naciones como una tromba de fuego. Aniquiló toda idea de justicia, de bondad y de belleza; pulverizó las más preciosas joyas del arte de los siglos, y en cinco años que duró amontonó cien millones de cadáveres, haciendo pensar a los creyentes que era el comienzo de los dolores, initium dolorum, palabras con que Jesús llama a las primeras señales del fin del mundo.

Poco a poco la humanidad fue saliendo de aquel lagar apocalíptico, donde los caballos se hundieron en sangre hasta las bridas; la Providencia suscitó para cada nación un jefe, casi siempre un soldado joven —los viejos, decían, sólo pueden ser médicos o sacerdotes—, y ese hombre restauró las jerarquías, abolió las libertades de lujo, a fin de que los hombres pudiesen gozar de los derechos esenciales: derecho de no ser asesinado, derecho de trabajar sin ser esclavo de los sindicatos, derecho de ser padre de sus hijos, derecho de ser hijo de Dios. El mapa del mundo cambió otra vez de colores; las pequeñas naciones se convirtieron en provincias de los grandes imperios.

Pero toda revolución deja en las costumbres alguna invención, a la manera de esas granadas que no estallaron y que los ladrones recogen en los sembrados y olvidan al lado del camino, hasta que un día un niño jugando las hace reventar. Aquella revolución, a pesar de que fuera vencida por la reacción de unos pocos dictadores, afianzó y legó a los nuevos imperios el esperanto, el año de trece meses y la moneda universal de papel.

La Iglesia Católica, que había resistido a las innovaciones, sólo aceptó la moneda universal de papel (el marx), que destruyó la estúpida idolatría del oro; pero siguió rigiéndose por el calendario gregoriano y hablando su hermoso latín.

Finalizaba, pues, el mes de mayo de 1988, y era la noche del primer día de la tercera semana del mes de sivan cuando resonó la viejísima campana del convento llamando a los frailes para las oraciones del alba, que ahora se decían a la medianoche.

El gobierno argentino, de estirpe sindiosista, toleraba la religión católica, a fin de demostrar que se respetaba la libertad de conciencia; pero sólo permitía la existencia de una orden religiosa, la de los gregorianos, especulando con su próxima extinción, y mandaba que los oficios religiosos se celebrasen entre las 12 de la noche y las 3 de la mañana, para hacer más difícil el asistir a ellos.

Al oír la campana fray Plácido se incorporó en la tarima, se santiguó, y se echó al suelo.

Una fría y espléndida luna hacía resplandecer los cachos de vidrios incrustados en el filo de las tapias antiquísimas que circundaban al convento.

El fraile abrió su postigo y vio cosas espeluznantes en aquel camposanto donde sus antiguos hermanos de religión dormían bajo la tierra, aguardando la trompeta del ángel que los llamaría a juicio.

Era el camposanto una sombría huerta, abandonada a las hierbas silvestres desde siglos atrás por falta de hortelanos.

Y entre aquellos matorrales, viniendo del fondo, apareció una bestia rarísima.

Fray Plácido se ajustó los espejuelos, temiendo que sus ojos lo traicionaran.

—¡Señor, Dios de los ejércitos! ¿Qué animal apocalíptico es éste?

Al mismo tiempo un torbellino como de cuatro vientos encontrados zamarreaba con furia la arboleda, sin que ni una brizna llegara hasta él.

—¿Estoy soñando, por ventura? —se dijo, y repitió un versículo del profeta Joel leído en la misa de uno de esos días: Senes vestri somnia somniabunt ("Vuestros ancianos tendrán sueños") lo cual sería signo de los últimos tiempos.

Aquella bestia era evidentemente un león, pero tenía alas de águila. De pronto perdió las alas, se irguió y semejóse a un hombre.

Tras ella surgió otra, como un oso flaco y hambriento que había encontrado una horrible pitanza entre las tumbas, pues venía devorando tres costillas.

Ambas fieras se pusieron a la par, aliándose, y dieron la cara hacia el camino, por donde apareció una tercera, manchada, como un leopardo fortísimo con cuatro cabezas.

Y casi pegada a ella una cuarta bestia no semejante a ninguna en la tierra, que tenía dientes de acero que relumbraban como sables bajo la luna, y pies tan poderosos que pulverizaban los cascotes y pedruscos del suelo.

Y este cuarto animal ostentaba diez cuernos, entre los que brotó un cuernito, que creció y se transformó, y tuvo ojos de hombre y boca soberbia y desdeñosa.

Fray Plácido cerró los ojos y se apartó de la ventana; comprendió que se repetía ante sus ojos la visión que Daniel vio el primer año de Baltasar, rey de Babilonia, y que las cuatro bestias prefiguraban los cuatro imperios que existirían en los últimos tiempos; y destruidos ellos, vendría Cristo sobre las nubes a juzgar a los vivos y a los muertos.

Volvió a mirar y pensó que la primera bestia figuraba a la masonería, sembrada en el seno de muchas naciones y aliado secreto del oso de Satania, que devoraba tres costillas; éstas eran Escandinavia, Turquía y la India. El poderoso leopardo no podía ser sino Inglaterra, y sus cuatro alas y cuatro cabezas, el símbolo de sus aliados y dominios.

En cuanto a la bestia sin parecido con ninguna y armada de diez cuernos, discurrió que fuese el judaísmo, que es como un Estado dentro del organismo de muchas naciones, a todas las cuales rige y domina secretamente.

¿Y aquel cuernito que nacía entre los otros diez y se criaba con ojos de hombre y boca altanera, que luchaba y vencía a los diez...?

¿Un nuevo imperio? ¿Acaso el Anticristo?

En ese instante oyó la horripilante voz de Voltaire, que diez años atrás se le presentara en noche parecida.

—Te prometí volver —le dijo— y aquí estoy.

—Ninguna de las cosas que me anunciaste se ha cumplido —le contestó el fraile con displicencia, mas sin echarle agua bendita, porque quería arrancarle sus secretos.

—No ha llegado el tiempo todavía..., faltan diez años..., doce años... No más de quince años...

—¿Faltan para qué?

—A su tiempo lo verás.

—Me anunciaste que ya había nacido el Anticristo...

—Y no mentí. Hoy es un mozo de veinte años, que se prepara en el estudio de las ciencias y de las artes para el más tremendo destino que pueda tener un mortal.

—¿Dónde vive?

—No puedo revelártelo.

—¿Quiénes son sus maestros?

—El diablo, por medio de talmudistas y faquires.

—Algunos teólogos sostienen que estará poseído de Satanás y que no será moralmente libre, sino determinado fatalmente al mal. ¿Es verdad eso?

—No es verdad. El Anticristo es moralmente libre; podría hacer el bien si quisiera, pero su orgullo es infinitamente mayor que el de cualquier otro hombre. Yo mismo, en su comparación, fui un pobre de espíritu...

—¿Tiene ángel de la guarda?

—Sí, como todos los hombres. Y también, como todos los hombres, tiene un demonio tentador especial, que es el más alto en la jerarquía infernal; como no lo ha tenido nadie, ni Nerón, ni Lutero, ni yo; es el propio Lucifer.

—¡Desventurado mozo! —exclamó el fraile—. ¿Por ventura podría salvarse?

—Sí. La sangre del Infame lo ha redimido también a él. Pero su obstinación es tan grande que, aun reconociendo que el Mesías es Hijo de Dios, si lo encontrara, con sus mismas manos lo clavaría de nuevo en la cruz.

—¿Y tiene conciencia de su destino?

—¡No! Ni Satanás, antes de su caída, tuvo conocimiento de su futura condenación.

—San Pablo dice del Anticristo que poseerá todas las seducciones de la iniquidad... ¿Realmente es tan hermoso?

—El más hermoso de los descendientes de Adán. Nadie puede compararse con él. Hombres y mujeres enloquecerán cuando lo vean. Aunque es joven, tiene ya todos los vicios imaginables; la ambición, la crueldad, la impudicia; y sin embargo, quienes lo tratan lo creen dotado de las mayores virtudes, tan hábil es en la simulación.

—¿Cuándo comenzará su reinado universal?

—Cuando florezca el árbol seco.

—Voltaire... ¿sufres?

—Hace diez años te dejé una señal. ¿Acaso creyó nadie en ella?

—No; los que vieron fundido mi candelero de bronce lo atribuyeron a un rayo o a un experimento a distancia.

—¿Ves mi mano? Voy a estamparla en la pared.

La doliente sombra se volvió al blanco muro y lo tocó apenas con la palma abierta, y en el acto se derritió el revoque hasta la profundidad de un centímetro.

—¡Infeliz de ti! —dijo el viejo con horror.

—Piensa que todavía me hacen misericordia, y que si no me contuviera la Omnipotencia, yo mismo, por el peso de mi propia obstinación, me hundiría en mares de fuego que sólo conocerá el Anticristo.

—¿No puedo hacer nada por ti?

—Pasó el tiempo en que yo pude hacerlo todo con sólo una lágrima, y no quise. Y ahora nadie puede hacer nada; y si alguien pudiera, yo no querría.

—¿Me permites que te pregunte algo?

La sombra se inclinó.

—¡Pregunta!

—He visto en la huerta...

—Ya sé; la visión de Daniel.

—¿Qué naciones significan esas bestias?

—No son naciones; son las cuatro doctrinas máximas que al fin del mundo se aliarán para combatir al Infame.

—¿Cuáles son?

—Judaísmo, islamismo, paganismo y racionalismo o, como se le llama ahora, liberalismo. Esta última es la bestia de los diez cuernos, porque ha engendrado diez errores; y el undécimo, que acabará con los otros diez y luchará contra el Infame, frente a frente.

—¿Cuál es?

—La más tenebrosa maquinación que hayan podido inventar los hombres bajo la inspiración inmediata del diablo para ir preparando las vías del Anticristo... El racionalismo, que yo engendré, a su vez engendró el ateísmo, del cual ha nacido la postrera religión de este mundo: el satanismo... Dentro de diez años volveré.

La sombra del réprobo desapareció con estas palabras.

Durante muchos días en la cal de la pared se vio la marca negra de una mano huesuda; pero nadie quiso creer en la señal.

Pensaban que fray Plácido chocheaba, y algunos juraron haber visto esa mano desde hacía mucho tiempo, desde que una vez restauraron la celda y un albañil se apoyó distraídamente en el revoque fresco.

CAPÍTULO III

Los jenízaros del satanismo

En tiempos de Solimán el Magnífico, que llevó los negros estandartes de Mahoma desde el mar de la India hasta el estrecho de Gibraltar y dio de beber a sus caballos en todos los ríos desde el Danubio hasta el Éufrates, disponían los musulmanes de tropas jóvenes, especialmente adiestradas para hacer guerra sin cuartel a los cristianos.

De un valor ciego y cruel, aquellos soldados con entrañas de hiena eran hijos de cristianos. Cautivos, arrebatados a sus hogares por los islamitas y conducidos a Constantinopla, allí olvidaron su lengua y su religión y fueron la flor de los ejércitos del sultán.

Una educación ingeniosa y nefanda, que mezclaba los deleites orientales con los ejercicios más viriles, logró transformar aquellas almas bautizadas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en los más implacables enemigos de la Cruz.

Los llamaron Yeni-Cheri, o sea "milicia nueva", especie de soldados que el mundo no conocía; y de allí hemos sacado la palabra jenízaros, expresión brillante y dolorosa para las imaginaciones cristianas.

Por análogo modo, en Rusia, o mejor dicho en Satania, cuando el comunismo desapareció desplazado por el sindiosismo, que sabía que el verdadero fondo de toda gran revolución es una pasión religiosa, los jefes concibieron el diabólico plan de formar batallones escogidos con las decenas de millares de niños españoles que sus corifeos, durante la guerra civil en España, arrancaron a sus hogares católicos y enviaron al extranjero, so pretexto de salvarlos de la muerte o del hambre, y en realidad para vengarse de sus padres, que combatían en las filas nacionalistas.

El diablo, en siglos de siglos, no ha podido inspirar un crimen más ruin y perverso que aquella razzia de niños robados y desterrados de su patria.

Nunca más sus desolados padres volvieron a verlos. Aquellos millares de niños, de cuatro, cinco, seis años, fueron en Rusia objeto de la más tenebrosa vivisección de almas que jamás se viera.

Muchachos y muchachas, por cuya vida y educación nadie velaba, fueron cruzados, seleccionados y educados con una disciplina mortal, pero con la rienda suelta para todos los caprichos de la imaginación y de los sentidos, y acabaron por formar una raza instintiva y ferozmente anticristiana.

El infernal experimento fue discurrido por un fraile español a quien la guerra civil sorprendió en un convento de Madrid, cuyas puertas no necesitaron abrirle los milicianos porque las abrió él mismo y fue a ofrecerse al Gobierno para servirle de Judas y vender de nuevo a su Maestro.

Desde los primeros días trocó su nombre de religioso por el que le correspondía de abolengo.

Antes de entrar en religión llamábase Naboth Santana. Pero este apellido no tenía en su familia más de cuatro siglos. Su lejano abuelo llamábase Dan, y fue un rico mercader israelita que prestó dinero a Fernando el Católico para la reconquista de Granada y acabó simulando una conversión al catolicismo, como Maimónides, que se hizo musulmán para conservar su fortuna y sus cargos en la corte del emperador Saladino.

A fines del siglo XV, Dan, su mujer y sus hijos se hicieron católicos, y uno de sus lejanos descendientes, a raíz de un contratiempo sentimental, profesó de fraile.

Tal vez ni él mismo sospechó, en un principio, lo endeble de una vocación engendrada por la vanidad. Tenaz, inteligente y empeñoso, no tardó en distinguirse en los estudios y en la predicación. Celebró misa, llegó a ser superior y fue confesor de religiosos en varios con-ventos de hombres y de mujeres, ministerio el más arduo y peligroso que pueda haber; tan sutiles y alambicados son los venenos con que el diablo trabaja las almas consagradas.

Tenía cuarenta y cinco años cuando estalló la guerra civil. Hacía ya varios que sentía el peso muerto de una cruz que solamente la humildad y la oración hacen gustosa; y vivía en sacrilegio celebrando misas inválidas e impartiendo sacramentos que abominaba.

Para colgar los hábitos sólo aguardaba una oportunidad, y se la proporcionó la guerra; a él y a muchos otros cuya vocación él mismo socavara. Así halló manera de vengarse de los que lo habían reprendido y de satisfacer ampliamente sus pasiones. Y desde ese día el diablo lo poseyó.

En la matanza de religiosos con que los milicianos respondían a cada victoria de los nacionalistas, las manos de Naboth Dan tuvieron parte principal.

¡Ay! Aquella sangre de mártires en que se bañaron copiosamente no fue capaz de lavar en ellas el indeleble carácter de la consagración con que el obispo las ungiera.

Él lo sabía, y de allí su rencor y el frenesí con que al frente de sus secuaces, que formaban un tribunal popular, penetraba en los conventos de monjas y elegía sus víctimas entre las que fueron sus penitentes; unas para el martirio, otras para el cautiverio de los milicianos, cuya horrenda historia es todavía secreto de Dios.

Pero cuando las tropas del general Franco llegaron a las puertas de Madrid, tuvo miedo de ser fusilado y huyó en compañía de muchos otros jefes cargados de crímenes y de dinero.

Pero, ¿en qué país refugiarse, para seguir combatiendo contra Cristo?

Las circunstancias volvieron a ayudarlo. El agónico gobierno del doctor Negrín, en combinación con el soviet ruso, había empezado a reunir como inocentes corderos, en campos y ciudades, los millares de niños que se enviarían a Rusia.

Naboth Dan se hizo nombrar director general de la criminal empresa; y desde ese momento fue el tutor de aquellos que el doctor Negrín presentaba al mundo como huérfanos de la guerra, pero cuyos padres estaban en las filas de Franco y cuyas madres los lloraban en Madrid, Bilbao, Barcelona, en cien pueblos más, de los que aún no habían sido conquistados por los nacionalistas.

La imaginación se resiste a seguir a esas tiernas victimas en ese cautiverio del que no ha habido otro ejemplo en la historia.

¿Que padre, qué madre, qué embajador, qué cónsul reclamaría de Stalin lo que habían consentido los gobernantes de la España republicana, ávidos de vengar en los indefensos hijos las victorias militares de sus invencibles padres?

Antes de partir, Naboth Dan se hizo confiar decenas de millones de pesetas en oro del Banco de España.

Aquel oro depositado en bancos extranjeros a nombre de testaferros, aguardaba del otro lado de la frontera la inevitable fuga de los jefes, mientras los soldados seguían haciéndose matar en las trincheras de Madrid, de Bilbao o del Ebro.

Rico y poderoso, con carta blanca de la policía soviética para hacer en los niños españoles todos los experimentos imaginables, y ayudado por hombres y especialmente mujeres jóvenes que se trajo de Madrid, el ex fraile instaló su colonia en el Cáucaso, no lejos del mar Negro, casi en las orillas del río Suban; y empezó su tarea.

Lo primero de todo fue borrar de las memorias infantiles el idioma natal.

La naturaleza había concedido a Naboth Dan, como a muchos de su raza, gran facilidad para aprender lenguas. Costóle poco agregar el ruso a las que ya poseía; pero no quiso que en su campamento se hablara sino un idioma artificial, para mejor aislarlo del mundo.

Eligió el esperanto y lo impuso con todo rigor.

Los pobres niños eran despiadadamente castigados si para darse a entender se valían de otra lengua que aquélla, cuyo penoso aprendizaje emprendieron todos, aun sus propios dirigentes.

Durante meses y meses y casi años en el campamento de Dan se paralizaron las conversaciones; chiquillos de cinco o seis años, no sabiendo cómo expresar un deseo o una necesidad, preferían sufrir y morir callados, antes de exponerse a tremendos castigos por haber hablado en español.

La otra cosa que hubo que olvidar fue la religión.

En Rusia reinaba el sindiosismo, ateísmo militante que Stalin quiso difundir en el mundo mediante la revolución. La primera nación sindiosista después de Rusia debió ser España, dentro de los planes del Soviet, mas la victoria nacionalista la salvó y acorraló al sindiosismo en Rusia.

—Todavía no ha llegado mi hora —se dijo Stalin pocos años después, al beber la copa de champaña con que el hijo de Yagoda lo envenenó.

—¡Ya ha pasado tu hora! —exclamó su matador, que sobre su cadáver se erigió en su heredero.

El envenenador, que vengaba a Yagoda, su padre, sacrificado en 1938 por Stalin, conocía y compartía los planes de Naboth Dan.

Ya no era tampoco la hora del comunismo, ni siquiera del sindiosismo. El mundo, trabajado por dos mil años de cristianismo, necesitaba para disgregarse y dar camino a las fuerzas de la Revolución un veneno mucho más activo, y Dan lo empezó a preparar en su campamento del Cáucaso.

Ni el comunismo, ni el sindiosismo, transformaciones brutales del materialismo, podían llenar el corazón humano y cautivar un alma que tiende al misticismo hasta cuando blasfema, porque el alma tiene una cuarta dimensión de que carecen las cosas materiales, y es la irresistible vocación a lo sobrenatural.

Naboth Dan sabia esto por la teología católica, y en su campamento impuso una religión: el satanismo.

El culto de Satanás había tenido desde el siglo XIX apasionados adeptos, especialmente entre los poetas y los filósofos, que por hacer más crudas sus blasfemias, las erizaron de alabanzas diabólicas.

Pero ni Proudhon, ni Carducci, ni madame Ackermann, ni Richepin, ni Leconte de Lisle, hicieron de sus desesperados insultos a Dios una verdadera oración al diablo, ni lograron imitadores de su triste locura.

Naboth Dan, que sentía en las corrientes de su sangre la indeleble vocación sacerdotal, se dejó de literatura y hábilmente deformó el corazón de los niños. Creó una religión con oraciones, mandamientos y catecismo; y para hacerla más accesible y grata a las imaginaciones infantiles, hizo de ella una contrafigura de la Ley de Dios.

Contra cada mandamiento que imponía un precepto de amor o una virtud, se pregonaba un deleite o se daba un consejo de odio, camino infinitamente más fácil de seguir.

Del lado de Dios estaba el sacrificio. Del lado del diablo el placer y toda la libertad imaginable de los peores instintos.

El nuevo emperador de Rusia, que no quiso llamarse sino "el hijo de Yagoda", apoyó los planes de Naboth Dan, le dejó formar los jenízaros del satanismo —adivinando el gran papel que llegarían a desempeñar— e implantó la nueva religión en un inmenso imperio al que denominó Satania.

Cuando por milagro de la gracia alguno de aquellos niños resistía la infusión del espíritu de Satanás, era crucificado.

Dios sólo sabe los centenares de tiernos mártires cuyas cruces florecieron en las orillas del Kuban.

Una disciplina de terror fue el único vínculo de los satanistas entre sí. Se aplicaba la tortura y la pena de muerte por la más mínima insubordinación y por todo delito político, pero se dejaba el campo libre a las más depravadas tendencias.

Y así fueron creciendo los millares de niños españoles secuestrados en un rincón de Rusia.

El mundo llegó a saber algo de lo que ocurría. Juan III, rey de España, pensó que el primer deber de la monarquía debía ser rescatar aquellos infelices expatriados cuyos padres habían jurado vestir de eterno luto. Pero Rusia cerró sus fronteras y defendió sus cautivos, y Europa no osó lanzarse a una cruzada que hubiera costado veinte millones de muertos para rescatar treinta o cuarenta mil muchachos, que nadie sabía dónde estaban ya.

A los veinte años formaban una pequeña nación dentro de Satania. Aumentados por los niños que robaban en la vasta Rusia, desde el Báltico hasta el Owhostsk, desde el mar Blanco hasta el mar Negro, los jenízaros del satanismo llegaron a 100.000.

Naboth Dan era viejo y sentía llegar su fin.

No vería cumplido su plan: la destrucción de Cristo.

—Lo verán mis hijos o mis nietos.

Para apresurar su cumplimiento, hacia 1975 Naboth Dan abandonó a sus lugartenientes en territorio del Cáucaso y se instaló secretamente en Roma con sus varias mujeres y sus hijos.

Roma era la ciudad mayor de la tierra; Babilonia de mármol y bronce, capital del más civilizado pero a la vez más corrompido de los imperios.

Y dentro de sus inaccesibles murallas defendidas por todas las invenciones, estaba la torre de oro de la Ciudad Santa, la pequeñísima Roma Vaticana, que gobernaba a seiscientos millones de almas por la exangüe mano del Pastor Angélico, electo papa en 1939.

En los innumerables círculos de la turbulenta Babilonia, Naboth Dan, bajo diversos nombres, podía actuar e intrigar y ser agasajado sin ser reconocido.

En los últimos días del mes de veadar de 1985, Naboth Dan, que se hallaba en cama, llamó a su hijo primogénito, se despojó de su insignia de mando, el dragón rojo de siete cabezas coronadas, y se lo entregó delante de sus mujeres y de sus hijos.

—No lo llevarás mucho tiempo —le dijo—. Cuando tu hijo mayor cumpla veinte años se lo entregarás, y él realizará la obra que ni yo ni tú ni ningún otro hombre del mundo podría realizar. Él restablecerá el trono de David; él reconstruirá el templo, y en él se cumplirán las profecías de Israel.

Entonces, como el rey Achab, Naboth Dan volvió la cara hacia la pared. Así estuvo tres días sin pronunciar una sola palabra, repasando en su memoria los sucesos de su larga existencia.

Al cabo de esos tres días, aquel apóstata, renegado de Cristo, celebró lo que es la última misa del sacerdote, su propia muerte. ¡Pero en qué estado se hundió su mísera alma en la eternidad!

Su familia siguió viviendo en Roma.

Tres años después, Ciro Dan, el nieto aludido en la última conversación de Naboth, alcanzó la edad fijada.

Era el primer día del mes de nisan; por consiguiente el primero del año, y ya la primavera esplendía sobre los campos y las ciudades del Imperio.

Pero no había en los jardines, ni en los huertos, ni en las campiñas, una flor más hermosa que aquel joven de veinte años, como si la humanidad no hubiese vivido 6.000 años sino para crear ese tipo.

Antes que él todas las otras criaturas humanas, aun las que pasaron a la historia como tipos inmortales de belleza, no fueron sino esbozos de la radiante hermosura de aquel mancebo.

Su abuelo habíalo ocultado como el tesoro de un rey, y solamente lo vieron sus parientes más próximos y sus maestros.

Sabios orientales talmudistas y faquires lo versaron en la sabiduría antigua, y físicos, biólogos, químicos, astrónomos y matemáticos, le enseñaron cuanto sabe la ciencia actual; poetas y humanistas lo hicieron diestro en artes.

Su inteligencia era sobrehumana. Es sabido que Pascal a los trece años, con la primera lección de geometría, descubrió por sí solo los teoremas de Euclides. Ciro Dan procedía así: enseñábanle un principio y ya sin necesidad de maestro deducía todas sus consecuencias.

Mostró una facilidad portentosa para los idiomas; tenía tan tenaz memoria que no olvidaba nunca ni una palabra ni una inflexión, y las lenguas penetraban en su cerebro como los rayos del sol en el agua transparente de un lago.

Cuando cumplió veinte años, sus maestros, aun los talmudistas, buzos envejecidos en los arcanos de aquel mar sin fondo ni orillas del Talmud, declararon que no había un repliegue de la Michna ni de la Ghemara que él no conociera y no explicara con mayor profundidad que Maimónides, el águila de la Sinagoga. Y renunciaron a seguirle enseñando, porque ahora les tocaba a ellos aprender y obedecerle como a un rey.

CAPÍTULO IV

La Coronación de Ciro Dan

La sala del trono hallábase en el piso 144 del Banco Internacional de Compensaciones, el más alto edificio de Roma y el banco mayor del mundo, clearing de todas las monedas y regulador del tráfico internacional.

El no iniciado en los símbolos de la Cábala y del Talmud desconcertábase ante los extraños dibujos de sus muros de plata, de su techo de bronce, de su pavimento de lapislázuli.

Era una sala de forma hexagonal que tenia pintada en el suelo una gran estrella de seis picos, formada por el entrecuzarse de dos triángulos equiláteros, uno blanco y otro negro, con una de las seis letras del nombre divino de Adonai en cada uno de sus picos y el número siete en el centro.

El techo mostraba en primer término un enorme círculo plateado que se movía lentamente. Cuando los ojos se acostumbraban a su movimiento descubrían la figura de una serpiente que se mordía la cola, símbolo de la fuerza universal según la Alta Magia.

Dentro de ese círculo había una estrella inmóvil de ónix verde, no de seis puntas como la del suelo, sino de cinco —la estrella gnóstica o pentagramática— en cada uno de cuyos picos se leía una de las cinco sílabas del muy ilustre y muy eminente nombre divino Tetragrammaton.

Según Paracelso, en su discurso de la oculta filosofía, los nigromantes judíos y los doctores de la Cábala han realizado milagros con estos dos emblemas o pantaclos, cuyo sentido no explican sino a los más fieles iniciados de la Alta Magia.

La estrella de cinco puntas, llamada estrella flamígera del microcosmos, es una oración divina o es una blasfemia satánica, según la posición que se le dé.

Cuando tiene una sola punta hacia arriba significa el pentagrama luminoso: voluntad, inteligencia, amor, fuerza y belleza.

Mas cuando tiene dos es un jeroglífico infernal, pues esas dos puntas en alto significan los dos cuernos de un chivo, imagen de Satanás; las otras dos, las orejas gachas; la última, la extremidad de su hocico prolongado por la barba.

En un lado del hexágono, arriba de un estrado de dos escalones y bajo un baldaquín de seda roja, veíanse dos tronos, y detrás de ellos, sobre la amarilla cortina del fondo, la imagen de Satanás bordada en negro, conforme al ritual de la Cábala.

Sentado, con las piernas cruzadas encima del mundo, representábasele bajo la forma de un barbudo chivo de grandes cuernos, con una estrella gnóstica en la frente, alas negras de arcángel, pecho de mujer, patas caprinas y dos serpientes entrelazadas formando un caduceo sobre el velludo vientre.

Una pálida media luna en creciente arriba a la derecha, y otra sombría en menguante, abajo a la izquierda y a sus pies, en letras hebraicas, griegas y latinas una triple leyenda extraída del Tarot: Por ser el único Señor, es el único digno de adoración.

A manera de antítesis, al frente del estrado había una gran cruz de madera oscura, sostenida en la pared por sólidos ganchos que permitían quitarla y volverla a suspender.

Ninguna imagen clavada en ella, pero en el lugar del INRI, un letrero con la blasfemia de los crucificadores de Cristo: "Sí es verdad que eres el Hijo de Dios, bájate de la cruz."

A su pie, en un trípode de hierro, un pesado martillo y algunos gruesos clavos, dispuestos para algún sacrílego simulacro de crucifixión.

Próxima al estrado abríase una puerta custodiada por soldados; y a uno y a otro lado de la cruz, anchos ventanales de vidrios multicolores, a través de los cuales divisábase el prodigio de las diez mil torres y los cien mil jardines suspendidos y palacios de aquella Babilonia que fue la Roma de los últimos emperadores.

La estupenda cosmópolis era todavía la capital religiosa del mundo. El papa tenía allí su sede. Mas ya merecía por su hermosura y su corrupción el nombre de Babilonia.

Aquellos tronos que estaban debajo de un baldaquín rojo eran de rebuscada suntuosidad, construidos en oro y marfil y tapizados de damasco negro, y tenían dibujos distintos.

El de la izquierda mostraba en la tapicería del respaldo las Tablas de la Ley sostenidas por dos leones.

El de la derecha, un dragón rojo de siete cabezas con diadema.

Las patas de ambos terminaban en soberbios zafiros tallados como pies de cabra.

Custodiaban la puerta cuatro jenízaros del Kuban con túnicas cortas sin mangas, lo que permitía ver el número 666 marcado a fuego en sus nervudos brazos.

Ese número era el símbolo del Anticristo, que una moda —estúpida, al parecer, y en el fondo diabólica— había difundido entre las gentes snobs.

Por respeto al lugar escondían sus armas, pilas secas que mataban a distancia arrojando un invisible rayo de luz violeta, que coagulaba la sangre o la disgregaba instantáneamente.

Con un ritual semirreligioso empezaron a llegar los que habían de asistir a la ceremonia.

Primero los seis hermanos de Ciro Dan seguidos por cuatro mujeres de su servidumbre, y tras ellos el padre y la madre. El ropaje de todos era amarillo, y en sus brazos advertíase la anticristiana marca.

Solamente los cinco barbudos personajes que entraron luego venían de otro modo. Pocos en la ciudad conocían a los cinco misteriosos rabinos que habían educado a Ciro Dan. Llevaban sobre sus negras túnicas de mangas flotantes estolas blancas de lino, y mantenían cubierta la cabeza con sombreros de castor.

Sus barbas venerables jamás profanadas por las tijeras, les caían sobre el pecho.

Dos criados trajeron una mesa enmantelada, alrededor de la cual, sin dar la espalda al trono, sentáronse aquellos sutilísimos intérpretes de todas las ciencias y de los secretos de la Cábala, del Zohar y del Talmud.

Sobre la mesa había cinco rollos en sus fundas, dispuestos como los rayos de una rueda, y en el centro una esplendorosa corona imperial rematada por la milenaria estrella de David.

Sonó un cuerno penetrante, se abrió la puerta, los rabinos se pusieron de pie y todos se inclinaron con aquel amor ansioso y triste que envenenaba sus almas.

Precedido por siete jenízaros y seguido de otras tantas hermosas muchachas, entró Ciro Dan.

Rasurada la barba juvenil, con lo que se advertía mejor la boca perfecta, caprichosa, arqueada por una soberbia y desdeñosa sonrisa.

Color de miel y undoso el cabello corto que devoraba la frente, la cual, aun siendo angosta era bellísima, resplandeciente de obstinación y de luz interior.

La tez como el trigo maduro; así la traen los soldados que vienen de lejanas campañas.

Verdes y magnéticos los ojos, y las cejas casi oblicuas como las de los nativos de la ruda Tartana.

Rápido y ahondador el mirar, y el gesto imperioso de quien está seguro de su estrella y conoce que es rey de reyes.

Y sin embargo parecía sorprendido, como un joven león que por primera vez sale al campo abierto, sin saber qué enemigos va a enfrentar; tal vez otra fiera, tal vez un hombre, tal vez un dios.

Vestía una clámide de lana blanca al modo griego, que dejaba entrever su pecho de gladiador.

Cordones de oro sujetaban la sandalia a la pierna fina, tostada por vientos y soles de largos caminos.

Ni anillos en las manos, ni espada en el cinto, ni marca alguna en el brazo desnudo.

Por la ventana divisábase a lo lejos la columnata de San Pedro, enrojecida su potente cúpula bajo el primer crepúsculo de nisan y coronada por la eterna luz. Los ojos verdes resplandecieron de odio.

Ciro Dan conocía el lema que los cartujos graban al frente de sus edificios: Crux stat; dum volvitur orbis (“La cruz permanece mientras el mundo cambia”).

—¡Cerrad la ventana! —dijo; subió al estrado, y ocupó el trono de la izquierda.

En ese momento vieron sentada sobre uno de los escalones a una mujer que nadie conocía y que traía, como las otras, un incensario de oro con brasas crepitantes. ¿Quién era? ¿Cómo había entrado? Los crueles jenízaros iban a arrojarla de allí, mas los contuvo Ciro Dan con una mirada que sorprendió a las otras mujeres.

Verdaderamente, si había alguna digna del amor de aquel mancebo, que más que hijo de los hombres parecía un arcángel, era aquella, por su rara hermosura y su serena audacia.

Su túnica de lino blanco distinguíala entre todas, y en su hermosísima frente, que tenía el color dorado de las arenas del desierto, veíase la misteriosa cifra, roja como una herida fresca.

Sus ojos sombríos y soñadores, ligeramente ceñidos y como tirados hacia las sienes, eran en su rostro caucásico un rasgo del Extremo Oriente que daba más sabor a su belleza.

Su boca pura y nerviosa, lo mismo que el pliegue perpendicular entre las duras cejas, revelaban una pasión cruel y fanática.

Mas cuando Ciro Dan hizo el gesto que contuvo a los jenízaros y llenó de celos a las otras mujeres, desaparecieron pliegues y sombras, y sólo quedó sobre su persona el resplandor indescriptible de una belleza sin igual.

Sobre las brasas de su incensario se estaba calentando un utensilio de hierro con mango de marfil.

Poco a poco el aire de la sala, con el humo de los perfumes, fue tornándose ardiente y embriagador, propicio al éxtasis y a las alucinaciones.

Uno de los cinco maestros desenfundó el rollo sagrado, se aproximó calándose unos anteojos de carey y en alta y solemne voz leyó:

—Promesas de Jehová, por boca de Mezquil Etham Ezrahita, en el Libro de los Psalmos:

«Hallé a David mi siervo; ungílo con el aceite de mi santidad.

«Mi mano será su auxilio; mi brazo su fuerza.

«Y quebrantaré delante de él a sus enemigos, y heriré a sus aborrecedores.

«Extenderé su mano sobre el mar y su diestra sobre los ríos.

«Y será mi primogénito el más excelso de los reyes de la tierra.

«Y haré que su raza subsista por los siglos de los siglos, y su trono durará eternamente.»

El viejo enrolló el pergamino, y levantando la mano derecha clamó:

—Los caminos del Señor están abiertos delante de ti, que reconstruirás su templo. Pero no eres tú el primero que se presenta en nombre del Señor y engaña al pueblo. Acuérdate de Jesús de Nazaret, cuyo nacimiento refiere el Talmud con palabras que horrorizan a los cristianos. Se hizo mago, se llamó rey y fue condenado como apóstata y muerto a pedradas en la ciudad de Lydda, la víspera de Pascua. Tú, el verdadero rey de los judíos, guárdate de parecerte al Nazareno.

El rabino calló, miró ansiosamente a su discípulo, que no se dignó mirarlo, y volvió a su lugar.

Y se levantó el que estaba a su lado.

La intrusa vestida de blanco arrojó sobre las brasas unos granos de Perfume.

—Promesas de Jehová por boca del profeta Ezequiel:

«He aquí que abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestras sepulturas, pueblo mío. Y pondré mi espíritu con vosotros, y viviréis y os haré reposar sobre vuestra tierra...

«He aquí que yo tomaré a los hijos de Israel de en medio de las naciones adonde fueron, los recogeré de todas partes y los conduciré a su tierra.

«Y los haré una nación sola en la tierra, en los montes de Israel, y habrá un rey que los mande a todos...

«Y mi siervo David será rey sobre ellos...»

—Tú, Ciro Dan, el ungido del Señor, serás ese rey y reconstruirás ese templo. Pero acuérdate que otros se dijeron enviados del Señor y mintieron. Acuérdate del impostor Bar-Kosibá, que sesenta años después de la ruina del

templo se proclamó Mesías, hijo de David, y arrastró consigo a 200.000 soldados que se dejaron cortar un dedo en señal de valor, y reinó tres años y medio. El emperador romano envió contra él a sus mejores generales, que asolaron cincuenta fortalezas, destruyeron 985 ciudades y mataron 580.000 judíos. La sangre corrió al mar formando un río de cuatro millas de largo, y allí pereció Bar-Kosibá, que se decía la estrella de Jacob. Tú, que vienes en nombre del Señor, guárdate de llevar a mi pueblo a la matanza.

Los labios de Ciro Dan se estremecieron un instante como si fuera a responder, pero guardó silencio.

Levantóse el tercer rabino y leyó:

—Promesas del Señor por boca del profeta Miqueas:

«Acontecerá en los últimos tiempos que el monte de la casa de Jehová será levantado sobre todos los montes, y los pueblos correrán a él.

«Y acudirá mucha gente y dirá: Venid, subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos y andaremos por sus veredas. Porque de Sión saldrá la ley y de Jerusalén la palabra de Jehová.

«Y juzgará entre muchos pueblos y castigará a naciones poderosas hasta muy lejos.

«Y convertirán sus espadas en rejas de arados, sus lanzas en azadones.»

—Y tú, Ciro Dan, hijo de David, que reconstruirás el templo, serás rey de los montes de Judea, que estarán por arriba de todos los montes. Pero guárdate de ser como Salomón Malkho que se llamó a sí mismo la Espada de Dios, y engaño a los pueblos y causó la ruina de millares y fue quemado vivo quince siglos después del Nazareno.

Se levantó el cuarto rabino, con la decepción pintada en el semblante al ver el desdén con que Ciro Dan escuchaba las profecías y los consejos.

Era un anciano de pequeña estatura y de miembros poderosos. Cuando alzaba el brazo, corríasele la manga y se descubría su piel velluda como la de Esaú.

—Esta es la sagrada Thora, donde están escritas las palabras del mal profeta Balaam, hijo de Beor, el varón de los ojos cerrados. Su boca, comprada para maldecir por el rey de Moab, se enternece al ver los campamentos de Israel, y estalla en bendiciones:

«¡Cuán hermosos son tus pabellones, oh Jacob; tus tiendas, oh, Israel! Como valles con bosques; como huertas junto al río; como lináloes plantados por Jehová; como cedros de las aguas.

«Una estrella saldrá de Jacob; un cedro se elevará de Israel, herirá a los caudillos de Moab y destruirá a todos los hijos de Seth.

«Vendrán navíos desde las costas de Citthin y oprimirán a Assur, y oprimirán a Heber, y él también perecerá para siempre.»

El rabino se detuvo un instante al ver resplandecientes de curiosidad los ojos de Ciro Dan y comentó el pasaje con estas palabras

—Las costas de Citthin son en el lenguaje de los libros santos las de Italia. Una poderosa escuadra imperial arribará a las tierras orientales y conquistará el país con todos los pueblos que contiene, asirios y hebreos, árabes y egipcios, y tú, hijo de David, desaparecerás después de reconstruir el templo, mas tu reino subsistirá por todos los siglos.

Se levantó el quinto rabino, alto, flaco, hirsuto, y a grito herido anunció:

—Promesas de Jehová por boca del profeta Isaías:

«Yo, el Señor, he dicho a Ciro, que es mi ungido y a quien yo conduzco por la mano para sujetarle todas las naciones, para poner en fuga a los reyes, para abrir delante de él todas las puertas sin que ninguna permanezca cerrada: Yo marcharé delante de ti y humillaré a los grandes de la tierra; yo romperé las puertas de bronce y quebraré sus bisagras de hierro. Yo te daré tesoros ocultos y riquezas secretas y desconocidas, a fin de que sepas que soy el Señor, el Dios de Israel, que te he llamado por tu nombre.»

—Y yo, Jehudá Ben Gamaliel, que te hablo —prosiguió el rabino, golpeándose con la huesuda mano el hundido pecho—, yo que he sido hasta ayer tu maestro y desde ahora tu siervo, te digo: tú, que eres el Ciro del profeta a quien el Señor llamó por su propio nombre hace 27 siglos para que en ti se cumpliera la grandeza de Israel, coloca tú mismo la corona de la ley sobre tus sienes. Pero si no vienes en nombre de Dios, acuérdate de Sabbatai-Ceví, que nació en Esmirna en el año 5386 de la Creación y fue engañado por una hermosa aventurera, y un día en la sinagoga de Esmirna se proclamó Mesías y rey, y con sus artificios cabalísticos enloqueció a los judíos de toda Europa y corrompió sus costumbres. El gran visir lo aprisionó y Sabbatai, por salvar su vida, apostató de su religión, se hizo musulmán y desacreditó en millones de almas las palabras del Señor. ¡Acuérdate de Sabbatai-Ceví, si has de reconstruir el templo!

El quinto rabino se sentó yerto y pasmado, al ver la indiferencia de Ciro Dan, que parecía no haberlo escuchado.

En el aire exterior sentíase el zumbido de los aviones que volaban entre las nubes. La noche iba cayendo sobre la Ciudad de las Siete Colinas.

Adelantóse Hillel, padre del mancebo; subió al estrado, se desprendió del precioso Dragón de las siete cabezas, y con gran reverencia lo puso en el pecho de su hijo, y arrodillándose besó la fimbria de oro de su manto.

Como si la intrusa aguardara ese instante, no bien la suprema insignia cambió de dueño se levantó, impetuosa y audaz, y habló así, con gran escándalo de los rabinos:

—Escúchame, Ciro Dan: yo, Jezabel, reencarnación del espíritu de una reina fenicia y de una profetisa hebrea, te diré la palabra que llegará a tu corazón.

«Tú no vienes al mundo en nombre del que quiso llamarse hasta el fin de los siglos el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, sino en tu propio nombre.

«El mundo ya no cree en aquel Dios, envejecido y destronado, porque te aguarda a ti, su enemigo.